

Etnografía digital multisituada: jóvenes universitarios y universitarias estudiando desde casa en tiempos de covid-19

JORGE ALBERTO MENESES CÁRDENAS 
Universidad del Mar, Oaxaca, México
jorgemenecs@hotmail.com

DOI 10.11606/issn.2316-9133.v29i2pe175177

resumen El trabajo muestra una etnografía digital multisituada que vincula las prácticas y saberes de jóvenes universitarias/os de la Universidad del Mar, para mostrar diversas situaciones de la escolarización en casa, articuladas con las plataformas digitales durante la cuarentena por covid-19. En la introducción planteo cómo delimité la investigación. En el segundo apartado presento a las y los jóvenes interlocutores. Luego comparto las estrategias metodológicas que construí. En el cuarto punto expongo la temporalidad etnográfica. Posteriormente señalo diversas situaciones sociodigitales desde Huatulco. En las dos siguientes secciones presento experiencias sobre las desconexiones y conexiones situadas, así como diversos saberes sociodigitales. Por último, expongo algunas conclusiones preliminares para situar este trabajo como parte de una etapa en el proceso de la investigación.

palabras clave Etnografía digital. Herramientas híbridas. Situaciones. Escuela en casa. Jóvenes universitarias/os.

Multi-sited digital ethnography: young university students studying at home during the days of covid-19

abstract This work is a multi-sited digital ethnography that links the practices and knowledge of young university students from the Universidad del Mar, to show various homeschool situations, articulated with digital platforms during the covid-19 quarantine. In the introduction is presented the scope of the investigation was constructed. In the second section, the article presents the interlocutors then, it discusses the methodological strategies that I built on. In the fourth part, it exposes the ethnographic temporality. Afterwards, it points out various socio-digital situations from Huatulco. In the next two sections, it presents experiences about situated disconnections and connections, as well as socio-digital knowledge. Finally, I expose some preliminary conclusions to place this work as part of a stage in the research process.

keywords Digital ethnography. Hybrid tools. Situations. Homeschool. Young university students.

Etnografía digital multissituada: jovens estudantes universitários estudando em casa nos dias de covid-19

resumo O trabalho mostra uma etnografia digital multissituada que liga as práticas e conhecimentos de jovens universitários da Universidad del Mar, para mostrar várias situações da escola em casa, articuladas com plataformas digitais durante a quarentena da covid-19. Na introdução proponho o escopo da investigação. Na segunda seção, apresento os jovens interlocutores. Em seguida, compartilho as estratégias metodológicas que construí. Na quarta parte, exponho a temporalidade etnográfica. Posteriormente, aponto várias situações sociodigitais de Huatulco. Nas próximas duas seções apresento experiências sobre desconexões e conexões situadas, bem como vários conhecimentos sociodigitais. Por fim, exponho algumas conclusões preliminares para situar este trabalho como parte de uma etapa do processo de investigação.

palavras-chave Etnografía digital. Ferramentas híbridas. Situações. homeschooling. Jovens universitários.

Introducción

El miércoles 18 de marzo de 2020 en mi centro laboral –la Universidad del Mar (UMAR)– ubicada en el municipio costero de Santa María Huatulco, en el estado mexicano de Oaxaca, se anunciaba que alumnos y profesores comenzaríamos la cuarentena por Covid-19. Lo primero que pensé fue que no toda la comunidad universitaria tendría acceso a una computadora e internet desde casa. De hecho, en México solo un poco más de 20 millones de hogares tienen internet, lo que representa el 54.4% del total de hogares (ENDUTIH 2019).

Una de las características de la comunidad universitaria es que una buena parte proviene de alguna ciudad, pueblo o ranchería de las ocho regiones del estado de Oaxaca. Hubo quienes se quedaron en Huatulco porque en la casa familiar no tendrían conexión a internet, aparte de quienes son de aquí. Después de dos semanas de redacción de un diario de campo y de hacer capturas de pantalla en Facebook sobre temas relacionados con la “escuela en casa” (*homeschooling*), pude delimitar un proyecto centrado en conocer diversas situaciones universitarias durante la cuarentena.

A la par de hacer observaciones en Facebook, no descuidé mis notas y observaciones etnográficas desde casa y de cuando salía en bicicleta para comprar alimentos o para hacer pagos, pues lo local era importante para situarme como internauta y como etnógrafo. Al incipiente proyecto lo nombré: “Escuela en casa. Situaciones y experiencias de jóvenes universitarias/os estudiando en casa desde diversas plataformas de Internet, durante la pandemia de Covid-19”.

Vinculé las preguntas centrales y los objetivos así: conocer las condiciones materiales y emocionales de las y los universitarios haciendo escuela en casa, saber los usos y apropiaciones de artefactos digitales para conectarse a diversas plataformas digitales, finalmente, conocer las situaciones universitarias durante este cambio de rutinas de co-presencia digital durante el confinamiento. Quise añadir una última inquietud que “sería trabajada” cuando el confinamiento pasara: explorar lo que piensan-sienten las y los universitarios sobre los cambios y permanencias de la educación presencial, a raíz de sus experiencias escolares durante el confinamiento.

Una vez delimitadas las preguntas y los objetivos, me centré en la forma en que construiría una etnografía digital multisituada (HINE 2004; PINK 2019), imbricando estrategias etnográficas de co-presencia digital con situaciones localmente situadas. Privilegiaría las conexiones de sentido (HINE 2004) y no espacios aislados, en vista que lo importante son las situaciones de las personas (PINCH 2015) más que lo tecnológico en sí mismo. En lo que sigue presento resultados de la primera fase de investigación.

La generación de la pandemia

En la Universidad del Mar a principios de marzo del 2020, la comunidad estudiantil vivía sus primeras evaluaciones semestrales. En ese momento muchos ya habían leído sobre “el extraño virus” en la ciudad en Wuhan, China. Incluso dos jóvenes recuerdan en las entrevistas digitales realizadas durante el trabajo de campo, que para algunas materias de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación la situación fue retomada en exámenes y trabajos.

Para entonces todavía no era claro un escenario en donde el ser joven universitario en la costa oaxaqueña, sufriría un quiebre en sus hábitos cotidianos. Lo que comenzó como un rumor a principios de mes, en la tercera semana se hizo realidad. “Sustituir” las clases presenciales por escuela en casa como una medida para enfrentar la problemática de salud pública por la pandemia Covid-19.

Amparo Lasén (2000) señala que las generaciones no se pueden construir solo por la edad, sino más bien por las experiencias comunes. Que una persona es parte de una generación porque tiene una cita compartida, y que “la generación es una entidad intermedia entre el grupo y la sociedad” Lasén (2000: p.239). En este caso, la generación universitaria se “encontró” con que la pandemia por Covid-19 sería una situación localmente situada. De allí la importancia de saber sus experiencias y formas de construir el devenir universitario, pero no en el campus, sino en sus casas.

Justamente para no ubicar las experiencias juveniles como parte del “datismo”, o sea, del extractivismo de datos digitales, en esta investigación las experiencias que comparto son resultado del previo acuerdo y consentimiento de jóvenes universitarios de diversos géneros, pertenencia étnica y semestres. Se sabe que la sustracción de datos automatizados por los algoritmos es una realidad, por eso es importante aclarar que las investigaciones son sobre

personas y no sobre cuentas y muros impersonales que se puedan manejar como datos estadísticos.

Este trabajo busca lo contrario. Son jóvenes con orígenes, trayectorias e identificaciones propia¹ que también elaboran situaciones compartidas con sus comunidades universitarias. Construyen sus capitales digitales en la imbricación de sus experiencias cognitivas, valorativas y afectivas en la vida cotidiana, tanto en términos académicos, como lúdicos.

Su condición juvenil y su posición universitaria permite observar las formas en que extienden su etapa de juventud con transiciones personales. Pero también como generación, muestran las posibles transiciones sociodigitales. Son sujetos clave para mostrar diversas experiencias que ayuden a entender los cambios en la educación, las relaciones familiares, las nuevas formas de socialidad y otras tantas prácticas sociodigitales que experimentan de manera desigual las juventudes universitarias en América Latina, durante la fase de aislamiento por la pandemia. En la medida en que son jóvenes que cursan diversos semestres de las carreras de Ciencias de la Comunicación, de Relaciones Internacionales y de Administración de Empresas Turísticas.

Desde el primer momento del trabajo etnográfico me di a la tarea de ubicar las experiencias universitarias de hombres y mujeres de diversas autoadcripciones de género y autoadcripciones de etnicidad: mixes, zapotecas, chatinas, y mestizas (os). Otro rasgo compartido es que son migrantes de alguna de las ocho regiones de Oaxaca y solo están en Huatulco mientras estudian; aunque también me “acerqué” a jóvenes que viven en Huatulco con sus padres. Por último, trabajar sobre este tema es una forma de mostrar que ante la pandemia se hace más evidente algo que ya sucedía, pero no era tan visible: el acceso desigual de las comunidades universitarias a la infraestructura tecnológica en América Latina.

Ubicar diversas caras de la misma moneda en una temporalidad con incertidumbres latentes, pretende contribuir al conocimiento de las realidades sociodigitales de estudiantes de nivel superior con la intención de ubicar desde la etnografía multisituada la complejidad de las transiciones digitales en México. Porque si los jóvenes son herederos del desencanto, también están construyendo otras formas de compartir sus saberes ante una experiencia inesperada.

El método como experiencia etnográfica multisituada

Hoy sabemos que la experiencia etnográfica no solo se cumple con estar físicamente. También se accede al campo de manera remota por medio de una videollamada, o de un chat, de manera virtual apropiando una plataforma social para interactuar o de forma imaginaria con la misión de volver a reconstruir una situación dada (PINK 2019: p.163-164). La etnografía digital no pretende poner al centro a la tecnología (HINE 2004; BOELLSTORF 2012; PINK 2019), sino las personas en sus formas de relacionarse y de apropiar la

¹ He reservado sus nombres porque considero que lo importante es conocer experiencias y situaciones universitarias compartidas.

tecnología, en este caso con lo digital. Con la etnografía digital multisituada la pregunta no va dirigida sobre la manera en que el internet cambia a las personas sino en las formas en que las personas modificamos al internet (MILLER 2019) y lo apropiamos densamente.

Entonces, a pesar del distanciamiento físico con la comunidad universitaria, eso no significó romper la relación social con las personas que colaboran en la investigación. Porque si la etnografía es ante todo una relación social (GUBER 2014), durante la pandemia, logré extender mis relaciones universitarias vía copresencia digital. Desde el inicio del confinamiento experimenté en los usos y las apropiaciones digitales (ÁRDEVOL 2016), situaciones compartidas con la comunidad universitaria desde diversas plataformas del ecosistema digital (VAN-DIJCK 2016).

Para conocer sus experiencias utilicé herramientas híbridas (ROGERS 2013). En el caso etnográfico conocer y apropiar plataformas e interfaces con fines de investigación es fundamental desde el arranque, porque “la interfaz mantiene unidas las dos dimensiones del devenir: el movimiento y la metamorfosis. Es la operadora del pasaje” (SCOLARI 2017: p.11). En el diseño etnográfico la interfaz no es una herramienta que se apropia objetivamente, sino un espacio de interacción intersubjetiva, porque “la herramienta se utiliza, el entorno se vive” (SCOLARI 2017: p.32). Si el diseñador tiene cierta intención al construir una plataforma, los usuarios deciden los fines de uso (SCOLARI 2017). La experiencia etnográfica me permitió apropiar diversas plataformas según los acuerdos a los que llegué con las y los jóvenes. Presté especial cuidado en las posibilidades de conexión de cada persona. La necesidad etnográfica de estar presente de manera ubicua me llevó a la experimentación constante en busca de las y los jóvenes y sus apropiaciones situadas.

Al no poder hacer observación participante (presencial) de forma sincrónica, opté por participar observando en Facebook y Twitter. Estar de manera ubicua me conectó con las experiencias juveniles como parte de las comunidades de sentido donde navegan. Allí intercambian información académica, personal, lúdica, afectiva y otras tantas manifestaciones contemporáneas de las culturas digitales juveniles. Participar observando en diversas plataformas permite experimentarlas cualitativamente como archivos vivos para hacer minería de datos –escarbar datos del pasado alojados en las plataformas en diversos perfiles–. Mientras que el cultivo de datos requiere participar en las interacciones, preguntando a internautas cosas específicas con la finalidad de construir datos en presente continuo. Esto es posible mediante un paraguas metodológico de corte cualitativo flexible y experimental, como lo propone Salmons (2016).

Como las herramientas de recolección son experiencias de continuo aprendizaje, aproveché plataformas para construir un invernadero de datos: hacer crecer la información sobre una temática específica. En mi caso, el WhatsApp y Messenger fueron las plataformas, mientras el celular y la computadora, los artefactos. Antes de comenzar a realizar biografías digitales con entrevistas en Zoom y en Meet, con dos personas durante semanas reconstruimos sus biografías digitales utilizando WhatsApp.

Esto se justifica porque en los diversos lugares donde se encuentran las y los jóvenes, hacer una videollamada no es muy fácil por la mala calidad de la señal. De allí que acordamos la estrategia: yo haría preguntas escritas, mientras que ella y él me contestarían de forma escrita o con notas de voz.

El resultado preliminar es que contestan de forma sincrónica –al momento– o asincrónica –cuando quieren y tienen tiempo–. Entre las estrategias de exposición incluyen fotografías digitales de sus celulares, emojis, stickers y audios. Esto no es solo anecdótico, más bien forma parte de la reconstrucción sociodigital de sus trayectorias de vida, tan importante como lo verbal o lo escrito para contar sus experiencias digitales y educativas, pues en lo digital la escritura no es hegemónica (MARTÍN-BARBERO 2002). Además, tanto esa forma como el acercamiento con herramientas híbridas muestra que enfrentar colaborativamente la experiencia etnográfica permite ubicar la agencia compartida (LASÉN; PUENTE 2016) de jóvenes universitarias/os contemporáneos como un rasgo de apropiación de la tecnología digital.

Del campo a la temporalidad etnográfica

El trabajo de campo no tiene una delimitación temporal marcada por el retiro del campo –a la vieja usanza–. Hoy en día existen otras maneras de regresar o estar en el campo con herramientas asistidas por la conectividad digital. Si bien durante las inmersiones cotidianas hice cultivo de datos de manera sincrónica, regresé a las plataformas para la minería de datos cualitativos de manera asincrónica (SALMONS 2016). Incluso, entre mayor es la disposición, he dado recorridos etnográficos (PINK 2019) por las parcelas donde han sembrado con sus familias a través de videollamadas. La delimitación que realicé muestra que la etnografía digital puede construirse por fases temporales: sincrónicas y asincrónicas (HINE 2004; PINK 2019) que permitan diferenciar las etapas de trabajo de campo y los tipos de inmersión.

Por eso coincido con Rosaldo (1989) cuando señala que en ciertas situaciones el espacio en sí mismo no permite ubicar la problemática –ni física ni conceptual–, y que la temporalidad se convierte en el medio más circundante porque permite observar cambios de rutinas y hábitos con quiebres entre personas e instituciones. En otras palabras: “la medida del tiempo sincroniza a los miembros de una sociedad” (LASÉN 2000: p.xiv).

La primera fase bajo la copresencia digital está “delimitada” en el periodo que va del inicio de la escuela en casa –el 18 de marzo del 2020–, hasta –la segunda semana de julio de 2020–, fecha en donde se terminó el semestre en la Universidad. Dicha periodicidad mostró el quiebre con la rutina y el inicio de mayor confinamiento en México, ya que se suspendieron las actividades, salvo las llamadas prioritarias.

Después del quiebre con la normalidad universitaria y la suspensión de clases presenciales, a pesar de no estar físicamente en un salón o en el campus, comenzaron a surgir múltiples experiencias compartidas. Las residencias se ubicaban en múltiples microespacios: un departamento o casa en Huatulco, en el solar familiar en la Sierra Sur, en la Sierra Mixe,

en una colonia de Salina Cruz, en la ciudad de Oaxaca, en un rancho de Miahutlán, en Pinotepa Nacional, en diversos municipios de la Costa y el Istmo y en otros tantos espacios urbanos o rurales de Oaxaca a donde regresaron las y los jóvenes de la UMAR.

Un rasgo común fue la reorganización espacial en las casas para tener un lugar para estudiar. Un elemento diferenciador en el tipo de residencias fue las que tenían internet y artefactos digitales y las que no. No tener internet en casa está conectado con otras tantas precariedades sociales que muestran vulnerabilidades materiales juveniles contemporáneas. La pandemia desnaturalizó que contar con conexión a internet es algo superfluo, más bien, muestra que es una necesidad contemporánea para estudiantes y para las familias en general.

Ubiqué el periodo en tres fases: una de separación de la escuela; otra liminoide caracterizada por mosaicos de experiencias y prácticas performativas emergentes y la tercera, que consta de las experiencias y prácticas de fin de semestre². Esto porque encontré que las experiencias se experimentaban como dramas sociales caseros (TURNER, 1974) conectados con eventos y situaciones de copresencia digital, en donde incluso la familia participaba. Delimitar así el periodo no fue una decisión arbitraria porque me muevo de la experiencia a la conceptualización (TURNER 1974). Es decir, en la temporalidad encontré que las y los jóvenes ubicaron fases y eventos para separar sus experiencias por etapas no lineales pero que expresan situaciones performativas tensas.

“Al principio lo tomé como vacaciones”, me escribió una joven por el WhatsApp desde Salina Cruz. Al no tener un referente previo, la comunidad universitaria construyó la percepción de que serían unas cuantas semanas. Por eso, al principio lo tomaron con calma: “yo incluso fui a la playa y me tomé unos días antes de regresarme a mi pueblo”, narraba por WhatsApp un joven que se había regresado a la Ciudad de Oaxaca.

Tanto el proceso iniciático de reorganización de la vida escolar –y de la vida al interior de las casas–, como durante todo el transcurso y el cierre, permitió observar cambios vinculados con sus estados de Facebook y sus narrativas en Twitter. Sin que ello fuera homogéneo se pasó de la anécdota y el chiste, a las narrativas de frustración e incertidumbre.

Como proceso semestral, si al finalizar abril las percepciones eran de inquietud por el nulo regreso, en mayo ya asumieron que no regresarían a sus salones. “Me enteraba en las redes y escuchaba rumores en los grupos”, señalaba una joven de comunicación sobre la forma en que se fue resignando a no regresar a la universidad durante lo que restaba del semestre. Además, si el término del semestre junio-julio fue pesado, para quienes terminaban la carrera fue un proceso de incredulidad: “no hubo ceremonia”, “no creí que ya había terminado”, afirmaban.

Entre las cascadas de estados en Facebook sus narrativas también me permitieron ubicar el paso del tiempo y las maneras en que iba cambiando la agenda de asuntos

² Sin olvidar que esta experiencia de escuela en casa terminará con la reintegración a la escuela presencial, pero para fines de este trabajo ubico un cierre de temporada y de fase etnográfica vinculada con el fin de semestre.

universitarios con diferentes hipernarrativas compuestas por escritura, imágenes, audios, videos y otros tantos objetos e interacciones digitales dinamizados en presente continuo. Es por eso que la temporalidad etnográfica digital rompe dicotomías. Lo lejano/ajeno y lo cercano/propio son vinculantes porque lo presencial y la copresencia digital son esferas complementarias. Además, porque ubica en dónde y cómo están las y los jóvenes universitarios y sus experiencias de navegación mediante un ir y venir de flujos.

Situaciones sociodigitales desde Huatulco

Santa María Huatulco es uno de los 50 municipios de la región Costa de Oaxaca³. Estar navegando desde Huatulco durante la pandemia me ha permitido ubicar formas locales de apropiación. En sí mismo, es un lugar de encuentros interétnicos donde se pueden conocer múltiples transacciones socioculturales. Como Centro Integralmente Planeado, (CIP) el espacio es una zona de contactos (LOMNITZ 1999) donde chocan diversas lógicas. Desde la más “visible” tradición-modernidad, como en lo relacionado a las experiencias concretas que ubican dinámicas transculturales tensas e intensas en circuitos de intercambios en diversos microespacios culturales fronterizos.

Desde distintos perfiles de Facebook de gente que vive en Huatulco comenzó a compartirse información de que se estaban formando comedores comunitarios para ir por comida. Aunque la población más beneficiada era la de la zona urbanizada, en la cabecera municipal también hubo comedores e incluso gente que acudía a repartir víveres en auto hasta algunos cerros donde viven solas personas adultas mayores⁴. También en el Facebook observé que en los muros de umareños –y en los de grupos de Huatulco– circulaban distintos tipos de productos con entrega a domicilio: comida de restaurantes –aunque también se dio la emergencia de comida casera–, cubrebocas, alcohol en gel, productos de limpieza, incluso alcohol y cervezas⁵.

La cascada de Facebook se convirtió en un río revuelto con actualizaciones de todo tipo. El WhatsApp se apropió también como puente para ofrecer esos servicios a domicilio. Con el paso de los primeros días no solamente se sintió la ausencia de jóvenes estudiantes universitarios, también dejé de ver a jóvenes que trabajan en puestos ambulantes de tacos o

³ La población está concentrada en dos núcleos principales: el de la cabecera municipal en donde las construcciones son principalmente casas con solares amplios y su población se autodenomina “netos huatulqueños” y la agencia de Santa Cruz –conocida como La Crucecita–, que se caracteriza por ser un espacio reconstruido para ofrecer servicios turísticos. Aunque ese espacio también es habitado por gente originaria del municipio también desde 1984 –fecha de la expropiación para hacer un centro turístico– ha sido habitado por “avecindados” o inmigrantes, entre ellos, yo.

⁴ Desde principios de abril, cada quince días dos o tres profesores hemos acudido al comedor de la cabecera a dejar despensa (principalmente nos han pedido llevar verduras), algo que también nos ha ayudado para comprender la situación local desde otros puntos de vista.

⁵ Durante este periodo en el municipio se prohibió la venta de bebidas alcohólicas, por lo que el internet sirvió como un medio para compra-venta clandestina.

los que andan vendiendo fruta de temporada en una carretilla. El desempleo juvenil se notaba en las calles.

En sentido contrario, diversos negocios ya establecidos o que se fueron gestando de manera emergente, emplearon a jóvenes para repartir o para hacer microtarefas mediados por alguna aplicación para comunicarse con los clientes. Aunque no son jornaleros digitales como tal, se convirtieron en repartidores digitales que apropiaron las plataformas para promocionar, levantar los pedidos y realizar otras transacciones de mercado.

La precariedad de esos trabajos se nota: no tienen prestaciones sociales y buena parte de su ganancia puede ser la propina. Sin embargo, la apropiación de plataformas también fue una alternativa familiar para hacer frente al desempleo. En una página local diario se promocionaban los nuevos productos a la venta, destacando la comida a domicilio. Las formas emergentes de empleo y el autoempleo nos muestran lo que la gente hace con la tecnología, tanto en Huatulco como en otros contextos donde se encontraban las y los jóvenes. Incluso ellos como mediadores digitales, ya sea en los negocios familiares o como emprendedores principales.

El caso de un joven comunicador lo ejemplifica. A través de WhatsApp me contactó⁶ para ofrecerme tamales de chicatana con carne de puerco a domicilio⁷. La apropiación de plataformas y artefactos permite indagar sobre las condiciones laborales precarias en el capitalismo de plataforma (BOLLMER 2018), pero también en las estrategias emergentes para sacar dinero ante la falta de trabajo en un contexto donde la economía gira en torno al turismo pero que en ese momento estaba detenido. Esto tiene relación directa con las familias de muchos universitarios, pues en Huatulco no solo se paralizaron los hoteles, bares y restaurantes, también se paralizó el comercio ambulante y todas las actividades de compra-venta que no fueran en negocios establecidos; por lo menos en las playas y en las calles centrales se observaba esto.

Además, el cambio en la dinámica era tal que en las entradas de Huatulco se pusieron retenes para evitar que entraran turistas y con ello “el virus”. Por las calles solo en algunos espacios logré ubicar a jóvenes: afuera de los supermercados, patinando en los canales –que en esta temporada no llevan agua–, otros caminando en pequeños grupos y/o haciendo ejercicio sobre las avenidas o rumbo a las playas.

Aunque esto es relativo, porque en sectores que se alejan del centro había movimiento juvenil: circulaban en motos e incluso en espacios de renta de computadoras se observaban grupos. La presencia juvenil se justificaba para hacer frente a las tareas escolares, aunque también se aprovechara para el ocio digital.

Por otra parte, si la vida cotidiana estaba destinada al interior de los hogares, tener internet en casa era fundamental, para lo que fuera, pero tener mala señal tiene reacciones. “El internet es una mierda”, comentó en Twitter una universitaria que vive con su familia

⁶ En dos ocasiones le compré, además de que le ayudé a extender su negocio, también por esa aplicación.

⁷ La chicatana es una hormiga con alas que sale en las primeras lluvias del año. Desde hace algunos años es un alimento tan codiciado, que un kilo puede costar cincuenta dólares (valor cotizado en 2020).

en Huatulco. Ese tweet -contextualizado en el mes de abril-, luego se volvió un hilo de comentarios con otra de sus compañeras. Hicieron catarsis por el servicio de internet, que al parecer no les permitía subir contenidos a otras plataformas.

Mientras en Facebook las y los universitarios compartían memes sobre el estrés que les provocaba la escuela en casa, apropiaron Twitter como un microblog que privilegia la escritura (VAN DIJCK 2016). Durante la pandemia noté que diversos universitarios/as fueron sacando sus cuentas de Twitter o utilizándolas con mayor dinamismo. Entre las justificaciones encontré interés para posicionarse sobre cuestiones públicas vinculadas con problemáticas locales. Así como fue un espacio para hacer públicos sus estados de ánimo y posicionamientos sobre cuestiones académicas, principalmente en la relación carga de trabajos, retroalimentación y tiempos de entrega. La diferencia con la apropiación con Facebook muestra en sus hipernarrativas que, dependiendo de la plataforma, es cómo la apropian, sin que ello constituya una separación de tajo, más bien, un uso estratégico de cada plataforma.

Noté que con el encierro y el paso de las semanas se intensificaron las valoraciones negativas sobre las empresas que dan servicio de internet, algo con lo que me identifiqué como usuario. Por ejemplo, al usar el wifi de casa de forma exclusiva es lógico que podía lograr una experiencia de navegación más rápida que la que estaban experimentando los estudiantes que se quedaron en Huatulco, pues en un departamento tenían que compartir señal para diversos artefactos digitales al mismo tiempo. Sin embargo, en distintos periodos de la pandemia tuve mala señal y en múltiples ocasiones me quedé sin internet, incluso durante más de un día⁸. Pero no fui el único ni el más perjudicado.

El sábado 2 de mayo de 2020 salí a pagar el internet. Un usuario que estaba adelante de mí fue a poner “la tercera queja por falta de Internet”, a pesar de que pagaba puntualmente el servicio. Después de más de media hora de discusión con la cajera, ella emitió una nueva alerta para que checaran la situación del usuario. Él tuvo que pagar el servicio –que consta de televisión de cable, telefonía fija e internet– obteniendo un descuento: no pagar la cantidad equivalente al servicio de internet del mes.

En resumen, en el apartado he mostrado que con la triangulación de datos de la etnografía digital multisituada y la presencial localmente situada, pude relativizar también el aquí y el allá, y lo ajeno y lo propio. Al diluir esa dicotomía pude darle centralidad a la problemática común. En este caso, los conectores de sentido sociodigitales fueron los referentes centrales para situar experiencias compartidas durante la contingencia.

Desconexiones situadas

En América Latina las juventudes se dividen entre las que están conectadas a servicios y las instituciones y las que están desconectadas (URTEAGA 2011). En términos de conectividad digital, aunque en México el 70.1% de los habitantes usa internet, menos de

⁸ Más adelante haré énfasis en las estrategias vecinales para tener “mejor señal”.

la mitad de los hogares tienen computadora 44.3%, así como solo el 56.4% tiene conexión a internet fijo (ENDUTIH 2019).

Como espacio etnográfico de partida, el salón de clases fue un primer campo para ubicar desigualdades sociodigitales. En la última clase presencial pregunté sobre conectividad. Por ejemplo, mientras en un grupo de 26, tenía casos en donde mujeres y hombres tenían cuarto propio, internet, computadora y celular, también estaban los casos extremos: un hombre y una mujer que no tenían cuarto propio ni acceso a una computadora ni internet en casa. Vivían en rancherías que se encuentran en los alrededores de Huatulco y solo contaban con celular inteligente para comunicarse y trabajar, pero sus artefactos ya “eran viejos” en función de la obsolescencia acelerada.

Por eso, en ambos casos, el contacto fue principalmente por teléfono y con mensajes en WhatsApp y Messenger. Esto tiene correlación con las desiguales brechas digitales, pues mientras en las zonas urbanas de México el 76.6% de personas usa internet, en las zonas rurales solo el 47.7% lo usa. Además, entre mayor escolaridad se reporta más uso de internet, aunque solo el 9.4% que lo hace con un celular inteligente es vía wifi (ENDUTIH 2019). A partir de esa realidad, en mi posición de profesor en cuarentena opté por dinámicas individuales y grupales, vía WhatsApp. También apropiamos nubes digitales por materia para que alojaran sus trabajos, a los cuales yo les pudiera dar sugerencias verbales y escritas. Como se sospechará, elegí WhatsApp como la principal plataforma para interactuar durante la pandemia porque ante la incertidumbre de habitar casas sin internet o lugares poco accesibles para conectarse (como estudiantes de retorno), necesitaban plataformas que ocuparan menos memoria en sus celulares.

Dinamizamos prácticas de colaboración académica en línea con un formato más de laboratorio para hacer crecer sus conocimientos. Esto sucedió con dos grupos de la licenciatura de Comunicación y con uno de la maestría en Mercadotecnia Turística. En algunos casos nos enlazamos por videollamadas para discutir lecturas y dar comentarios verbales sobre sus proyectos. Y como ya comenté, también me hicieron llamadas quienes no tenían acceso a internet por periodos prolongados ni computadora, además de estar en contacto permanente en Facebook, Twitter y Messenger⁹.

Al pasar de los días fui conociendo las problemáticas para conectarse. En abril un comunicólogo que vive en la cabecera del municipio de Santa María Huatulco, ubicada a unos kilómetros de la zona urbana, me habló por teléfono para comentarme que no podía conectarse desde la casa de su tía, porque, aunque tuviera datos “no hay buena señal”. Luego de unos días se regresó a casa, en el municipio de San Gabriel Mixtepec también ubicado en

⁹ Tanto con mis alumnos como con universitarios de otras licenciaturas. El campus ofrece cinco licenciaturas: Ciencias de la Comunicación, Administración Turística, Economía, Actuaría y Relaciones Internacionales. También tres maestrías Mercadotecnia Turística, Derecho Internacional Penal y Relaciones Internacionales: Medio Ambiente.

la costa. Allí tuvo múltiples complicaciones tanto por la mala infraestructura como por cuestiones familiares, lo que hizo que pensara en abandonar la universidad¹⁰.

Otro caso es el de un joven zapoteco de Santo Domingo de Morelos, otro municipio costero. Él me comentó desde Messenger que en su pueblo algunas casas que tienen internet, hacen negocio: “te dan la clave por algunas horas y luego lo quitan”, esa era su opción cotidiana. Esto coincide con otros compañeros que viven en la región, pero también es una realidad en múltiples contextos rurales e incluso en las periferias urbanas del estado de Oaxaca. Además, la otra opción era “ir al ciber”, pues en su pueblo continuaron abiertos.

En un grupo de WhatsApp de profesores de la UMAR, uno de ellos comentó que una alumna que estudia Administración Turística y que vive en Zipolite¹¹, le tomaba fotos a su cuaderno y se las mandaba por WhatsApp. Era la forma en que le entregaba las tareas, pues no tenía computadora. Pero que esa no era la mayor preocupación de la joven universitaria, sino el que durante la pandemia ya no subían las pipas de agua hasta su casa y que eso les complicaba las rutinas básicas de limpieza.

Como profesor conocí una experiencia similar, pues una alumna me mandó fotografías a mi correo porque, aunque se había quedado sin computadora, no quería dejar de cumplir con el trabajo final. Por otra parte, están las y los umareños que debido a las dificultades de conectividad en sus espacios de origen, se quedaron en Huatulco. Con ello lograron mantener su autonomía con respecto a sus padres, además de pasar el semestre con otros compañeros que también se quedaron en Huatulco. Entre esos casos está el de una alumna chatina de Relaciones Internacionales que es originaria de la agencia La Cieneguilla, municipio de San Juan Quiahije. En dicho contexto, aunque ya hay señal de internet “cualquier lluvia tira la señal”.

Entre quienes se quedaron porque viven con su familia en Huatulco, están los casos de quienes tienen casa y cuarto propio, conectividad y artefactos digitales. También casos como el de una joven comunicóloga que en plena pandemia tuvo que mudarse de la casa que rentaban para irse a una casa construida “al vapor” en un predio que recién habían conseguido. Esta fue la medida familiar urgente para dejar de pagar renta ante la incertidumbre del empleo familiar. Cabe señalar que ella hacía sus trabajos en su celular pues en plena pandemia también se quedó sin computadora. Así mismo, encontré el retorno migratorio “provisional” de familias que vivían en Huatulco. Una joven originaria de Pinotepa Nacional se regresó junto con su hermana y sus padres: “papá y mamá se quedaron sin empleo”.

Desde WhatsApp comenta que al regresar a su lugar de origen se ahorraron la renta (aunque perdieran el depósito), y que desde que llegaron recibieron el apoyo de familiares. Ella también puede ejemplificar a una alumna que vive con sus padres en Huatulco pero que no tiene internet en casa y debe hacer recargas o acudir a un lugar donde pueda acceder a

¹⁰ En el momento que redacté esto (septiembre de 2020), él “anunció” en Facebook que dejaría la escuela. Eso despertó muchos comentarios, entre ellos el mío.

¹¹ Una playa del municipio vecino llamado Pochutla.

conexión para integrarse a las dinámicas digitales. Al instalarse pudieron echar mano de insumos que consiguen directamente del campo: leña, frutos de temporada, animales de monte, entre otros, los cuales les sirvieron para enfrentar la precariedad.

Si el ecosistema comunicativo visibiliza prácticas y sentidos juveniles con saberes novedosos, encontré que entre sus saberes y prácticas digitales no se diluyen otros aprendizajes. El desmonte, acarrear leña, la jardinería, el cuidado de animales, la siembra de hortalizas o de cultivo mixto en la parcela, así como otras tantas actividades vinculadas con el entorno casero en el campo, dan muestra de sus saberes sobre la tierra. Incluso, el joven del municipio costeño San Juan Mixtepec, realizó un video para compartir la manera en que se puede hacer una hortaliza en que tuvo resultados dos meses después: cosechó rábanos. Una diferencia de género es que las mujeres participan activamente tanto en actividades del campo, como en las del entorno casero: cocinar, lavar o barrer. Si bien esas actividades están asociadas “al deber ser de las mujeres en el campo”, una comunicóloga de las cercanías de Miahuatlán señala que servir y ayudar en casa ha sido una experiencia importante para poner temas sobre la mesa. Afirma que entre pláticas ha podido argumentar para desmontar ideas caseras sobre el papel de la mujer, principalmente entre varones de mayor edad en su familia. Además, un día ella nos mostró la parcela familiar en una videollamada colectiva, misma en donde narró que era una experiencia que estaba aprovechando al estar de regreso y ayudar tanto en el campo con sus primos y tíos, como en la cocina, con su abuela.

Otro aspecto que muestra la agencia es que al ser jóvenes mujeres universitarias que saben manejar “las nuevas tecnologías”, ocupan su capital digital para ayudar a conectar a sus padres, tíos y abuelos. Eso les genera prestigio y reconocimiento social. Las y los universitarios fungen como una bisagra que los coloca en tránsito como facilitadores de experiencias digitales, sin dejar de atender los quehaceres cotidianos en el campo o en la casa, aunque se supone que regresaron para cursar el semestre en casa como actividad central. Por eso es notorio que cambiaron sus tiempos y ritmos sociales en sus hábitos de estudio. Desde los horarios para levantarse, estudiar o “tomar clases en línea”, hasta los hábitos alimenticios y sus horarios de dormir.

Diversas experiencias señalan que estar frente a la computadora no era fácil. No faltaba que los llamaran para integrarlos a la dinámica familiar de ocio –ver películas, platicar, hacer comida juntos–, o que les cuestionaran estar tanto tiempo frente a la computadora “sin ayudar en casa”.

La dificultad para apropiarse de esos espacios familiares con fines académicos, muestra que a pesar de que “es su casa”, al no hacer su vida universitaria allí, no contaban con el espacio físico adecuado. Los motivos son tanto por las características del espacio –que puede ser insuficiente para tener privacidad– o que, aunque tuvieran un cuarto para encerrarse, las propias dinámicas familiares les exigían mucho tiempo socialmente compartido, además de la mala calidad de la señal.

Esto es importante porque una joven universitaria que regresó a casa con sus padres y hermanas –en un pueblo de Valles Centrales –, mencionó que a pesar de que le daban su

espacio y recibió mucho apoyo familiar, el regresar a casa significó “cambiar a sus compañeros por su familia”. En Huatulco está habituada al trabajo de pares y a resolver dudas mediante la ayuda recíproca, ya sea en los espacios universitarios o acudiendo a sus casas. Mientras que durante la pandemia tener acceso a la retroalimentación de sus pares era diferente tanto por la mala señal de internet, así como por las propias dinámicas digitales que apenas estaban experimentando. Sin embargo, esto no es algo que determine su rendimiento escolar. Incluso las y los jóvenes valoran mucho estar cerca de sus padres y familiares tanto de manera presencial como en la distancia.

Resulta que tanto sus abuelas y madres (principalmente), estaban al tanto de las preocupaciones de las y los universitarios para la escuela en casa. Lo que en un principio comenzó como algo diferente, con el paso del tiempo se convirtió en una nueva rutina con múltiples retos por vencer, desde lo tecnológico hasta lo académico.

El primero fue tener condiciones para conectarse durante las sesiones cotidianas. El segundo fue terminar los trabajos para poder enviarlos a tiempo –antes de que cerraran la plataforma. El tercero fue realizar diversos trabajos al mismo tiempo con pocas certezas de ir por el rumbo correcto. Estos factores poco a poco y en diversas maneras incrementaron el estrés, además del mismo encierro y las particulares dinámicas caseras. Por eso el estrés escolar por desconexión o por considerar exceso de trabajo, fue un tema que no pasó desapercibido como parte de las experiencias personales y familiares de la comunidad universitaria¹².

En mayo una joven de Salina Cruz mencionaba que su abuela le hacía llamadas para preguntarle por sus tareas y las de su hermano menor, pues estaba enterada de las preocupaciones de su nieto de secundaria por mandar las tareas a tiempo. Así mismo, otra joven que vivía en el municipio vecino a Huatulco, San Miguel del Puerto, narró que su mamá la impulsaba para no dejar el semestre. Que le preparaba “su comida preferida” como un incentivo para que se animara a terminar sus trabajos.

En diversos testimonios encontré que en contextos rurales el apoyo familiar no solo se concentra en las familias nucleares, sino en grupos domésticos o grupos extensos, porque muchas veces comparten solar o viven en espacios cercanos. Entre ellos el distanciamiento social fue relativo porque no es la forma en que se apropia y se reproduce socialmente el espacio. Lo mismo sucede en espacios urbanos donde pueden vivir familiares en la misma

¹² En mi propia experiencia como profesor y ponente desde casa he tenido ocasiones de tensión, principalmente por las fallas del servicio de internet. Esto me llevó a tejer una red de reciprocidad digital vecinal. En mayo tuve una ponencia para un seminario y mi red de internet no servía. La opción que tuve fue pedirle a mi vecina que me compartiera la suya –que era de otra compañía–. Esto nos permitió tener a ambos dos señales. Además, los modos de participación universitaria vía plataformas digitales producen incertidumbre entre la comunidad de profesores, pues la socialidad digital es algo que está en construcción. De allí que las estrategias de integración en las dinámicas digitales requieren experimentación, así como de interpretación densa de parte de los docentes sobre las señales digitales que emiten o no los alumnos. Esto en sí mismo es parte de lo que justifica y motiva la presente investigación.

calle o en la misma colonia, lo cual facilita las formas de ayuda recíproca y relativiza el encierro por la pandemia.

De allí que las comunicaciones con celulares analógicos y digitales lejos de aislar, refuerzan las relaciones interpersonales, pues estar en un grupo familiar de WhatsApp es importante para estar al tanto de las necesidades y dinámicas familiares¹³.

Conectividad y saberes en trozos

Desde los setenta Lefebvre (1974) señalaba que el capitalismo mutaba hacia una sociedad de flujos, que lo importante no era la producción del espacio, sino su reproducción. En pleno siglo XXI, el acceso a internet como recurso significativo para estar en las dinámicas escolares perfila experiencias muy diversas. Para entender la diversidad de las culturas digitales juveniles, el acceso a la infraestructura digital es fundamental, porque la materialidad digital produce distintos tipos de conectividad, por lo tanto, acceso desigual al uso de plataformas. Entre las experiencias universitarias las estrategias para conectarse pueden dar cuenta de ello.

Diversos testimonios visibilizan formas de subarrendo de internet. Pagarle mensualmente a un particular por la señal de Internet en donde el proveedor es un usuario que renta internet y lo redistribuye con otros usuarios. Apropiar la tecnología para redistribuir la señal y sacar una renta valiéndose de una antena, presenta un caso de apropiación de tecnología con fines mercantiles. Otra forma es que en muchos lugares – incluyendo Huatulco–, había cibercafés abiertos. Aquí el peligro era el contagio por usar artefactos que no estuvieran desinfectados, además de estar en espacios pequeños y cerrados. Una más era comprar fichas. En diversos municipios se renta internet por horas o por un día. El cliente recibe un papel con una contraseña, la cual expira según el tiempo que se contrate. La problemática es que la señal es baja y no permite cargar archivos pesados. Encontré casos de quienes acudieron al pueblo vecino por esas contraseñas para estar en internet durante ciertas horas y poder enviar sus trabajos. En pocos casos otra opción era contratar internet satelital para poderlo usar en el rancho. Por último, está la más ortodoxa: contratar internet con una compañía y compartir los gastos con familiares y/o vecinos que viven en el predio.

Pero entre las relaciones mercantiles no desaparecieron relaciones de reciprocidad atravesadas por las ayudas de sus familiares y/o vecinos que les compartieron la señal. Otras estrategias fue la de compañeros de salón que les pasaban las tareas mediante llamada telefónica. Hubo casos en donde alguna universitaria le ofreció a su compañera de salón mudarse temporalmente a su casa para que tuviera internet. El acceso desigual a la conectividad muestra que en el capitalismo la infraestructura sirve para conocer las diversas maneras en que las personas organizan los bienes materiales, ya sea para rentar o para compartir, porque la infraestructura produce relaciones (BOLLMER 2018).

¹³ Incluso para los estudios de las redes de parentesco, el estudio de WhatsApp resulta importante hoy en día para comprender dinámicas de la vida cotidiana.

Además, la renta de señal se ha vuelto una forma de subarriendo ante la falta de respuesta estatal que no prioriza el derecho a la conectividad. Las desconexiones multisituadas se dan en contextos donde la presencia de la energía eólica, la minería y el turismo, hacen visible transacciones entre ejidatarios, comuneros, pequeños propietarios locales, y diversas corporaciones transnacionales.

En el caso de la infraestructura tecnológica se puede dar el caso de que el capitalismo de plataformas (BOLLMER 2018) no solo extrae datos de los usuarios, sino que también es apropiado por terceros para ofrecer servicios de renta de señal, que en muchos contextos son la única opción para tener acceso a la conectividad que requiere la universidad en casa. Sin embargo, como lo he venido mostrando, la comunidad de la UMAR teje estrategias para conectarse y cumplir con sus deberes, y a parte de lo escolar, también producen y redistribuyen múltiples contenidos digitales.

En ese sentido, un joven originario de un pueblo zapoteco de Valles Centrales de Oaxaca compartió un video en Facebook. Era una canción de hip-hop en español escrita por él, con una foto de su grupo (y un profesor) en un salón de clases. En la canción relata los inicios de la carrera, el tiempo y las situaciones compartidas “y las noches de desvelo”. Les habla a sus propios compañeros, haciendo referencia al tiempo compartido como generación: “agosto de 2015 fue el inicio”, “la mitad de nosotros desertaron”, “ahora navegamos sin ninguna embarcación”, “fue un placer haber estado cinco años con ustedes”. Su narrativa es una descripción densa personalizada de lo que significó estar siendo joven universitario, pero también internauta, migrante y comunicólogo. Da cuenta de la importancia del ciclo académico universitario pero no solo como una moratoria social, sino como un periodo clave en la juventud contemporánea.

En cuanto a transmisiones en vivo en Facebook, un joven hizo varias. Desde Huatulco cantaba y tocaba con otros compañeros desde música “roquera” hasta baladas, todas eran abordando temas religiosos. Por su parte, una joven del Istmo promocionaba la venta familiar de costales de maíz de 64 kilos, así como de pequeñas macetas con plantas, los objetos digitales eran fotografías. Otra joven estudiante de comunicación y zapoteca de la Sierra Norte, compartió en su muro de Facebook un video que duraba 1:49 segundos. Era del Colectivo Nuestra Vida. En la parte inferior estaba el nombre del colectivo, el de ella por ser la voz, y el título del video: “Información sobre el Covid-19 en zapoteco de la variante de San Francisco Yatee”.

El día que lo compartió –19 de mayo– intercambiamos narrativas, primero en su muro de Facebook y luego en Messenger. Aunque pronto me dijo que mejor me respondía en WhatsApp. La causa de elegir esa aplicación fue porque es la que le funciona más rápido. Y que la principal problemática para estudiar en casa era que en su pueblo “con cualquier viento se va el internet”. Después de un rato me dijo que “luego nos comunicábamos”, porque le hablaban de la agencia municipal de su pueblo para pedirle el audio. Lo querían reproducir en una bocina que se apropia para avisos. Mencionó que el motivo de hacer el video era

principalmente “para los abuelitos” porque en la región estaban aumentando los casos de contagio y las personas mayores tenían poca información.

Como joven universitaria indígena, su apropiación y producción de información está siendo importante. Con sus diversos capitales sociodigitales, traduce información que ayuda a que los mayores se informen en su lengua y muestra la migración digital hacia formatos analógicos.

La mezcla de artefactos también muestra el cruce de fronteras socioculturales. Pues tanto comparte contenidos colaborativos en plataformas –donde también procesa información y realiza otras tantas prácticas académicas y afectivas–, como también las comparte con sus mundos locales. Con ello dinamiza lógicas comunitarias como una forma de tequio juvenil contemporáneo mediado por plataformas y tecnología sociodigital, visibilizando lo que los jóvenes hacen con las tecnologías en contextos donde existen relaciones comunitarias.

Reflexiones finales

Encontré que las y los jóvenes umareños también son multitareas y multipantallas (BARICCO 2008), pues están habitado un ecosistema digital donde producen y comparten contenidos. En sus muros escriben sobre lo escrito, y la lectura se convierte en escritura como los palimpsestos (MARTÍN-BARBERO 2002), pero lo escrito no es hegemónico, es tan importante como lo oral, lo visual y lo sonoro (MARTÍN-BARBERO 2002). Durante la pandemia Covid-19, ocurre que las y los universitarios de la UMAR Huatulco, están siendo jóvenes que apropian las plataformas digitales para ir construyendo sus estrategias de escuela en casa. La casa se habitó intergeneracionalmente para compartir espacios tanto en la parcela o el solar, como la cocina, el cuarto o el comedor familiar. Si se diferencian por el tipo de infraestructura, los artefactos digitales y los usos y apropiaciones, lo que encontré es una heterogeneidad tanto en los aspectos de la materialidad digital, como en los capitales digitales juveniles.

Cambiaron de microespacios y de personas para interactuar. Con el distanciamiento físico dinamizaron –desigualmente– diversas plataformas, tanto para lo académico como para actividades heterogéneas. Como generación muestran estar inmersos en su “educación continua”, pues se actualizan para enfrentar la apropiación de plataformas y la alfabetización digital propia y como guías e inductores, además de su posición de universitarios.

Producen hipernarrativas digitales híbridas en presente continuo, tanto para fines académicos, como para sus relaciones sociales en general. Una de las desventajas compartidas es la no contemporaneidad estructural (MARTÍN-BARBERO 2002) de sus lugares de origen en cuanto al acceso a internet, lo que hace visible que las brechas digitales de desconexión están imbricadas con otras desigualdades estructurales (REYGADAS 2004), tanto nuevas como anteriores.

Además, durante la pandemia sus experiencias multisituadas muestran que la participación juvenil universitaria en la vida digital no es subalterna (FEIXA 2014). Como

vimos, además de lo escolar también comparten saberes en trozos (MARTÍN-BARBERO 2002). Los flujos que construyen son multilineales, que igual muestran repertorios culturales locales mezclados con repertorios juveniles personales y generacionales.

Con la apropiación de plataformas visibilizan que la coeducación informal y la agencia compartida (LASÉN; PUENTE 2016) está mezclada con información del momento. Esto espacialmente se ha condensado en una temporalidad dramática-liminoide durante el encierro, en donde lo cognitivo es tan importante como lo afectivo-emocional y lo valorativo. A pesar de las problemáticas de conectividad están mostrando que en sus conexiones de sentido, se ocupan del bien común –escolar, familiar, local–. Sus capitales digitales son transculturales, sin que eso signifique que dejen sus adscripciones de etnicidad o de género, más bien sus autoadscripciones las muestran en los usos, haciéndolas funcionales en su incorporación a las actividades del campo y de la casa.

Como lo he mostrado, sus capitales digitales son utilizados para hacer circular la información “entre los suyos” en diversas plataformas, visibilizando que las relaciones cara a cara y de copresencia digital se intersectan en diversas maneras a pesar de las desventajas.

Estar siendo estudiante en casa visibiliza múltiples desventajas, pues hay quienes pueden trabajar desde el cuarto, la casa o el departamento, pero hay quienes deben salir a la colonia o al pueblo para poder conectarse, lo que genera interacciones de riesgo. Por todo lo anterior, antes, durante y después de la pandemia, se justifica investigar desde la etnografía digital multisituada, pues los datos nos podrán ayudar a comprender las prácticas, saberes, sentidos y tensiones juveniles universitarias contemporáneas. Asumo que esto es un reto permanente para enfrentar lo que se viene en las universidades después de que se levante el confinamiento y regresemos a las aulas.

Bibliografía

- ÁRDEVOL, Elisenda. (2016). Big data y descripción densa. En *Virtualis. Revista de cultura digital*, vol.7, n. 4, p.14-37.
- BARICCO, Alessandro. (2008). *Los bárbaros: ensayo sobre la mutación*. Barcelona: Anagrama.
- BOELLSTORF, Tom. (2012). Rethinking Digital Anthropology. En: HORST, Heather and MILLER, Daniel (eds). *Digital Anthropology*. London: Blomsbury, p.39-60.
- BOLLMER, Grant. (2018). *Theorizing the digital cultures*. California: SAGE.
- ENDUTIH - *Encuesta Nacional sobre Disponibilidad y Uso de las Tecnologías de la Información en los Hogares*. (2019). México: INEGI.
- FEIXA, Carles. (2014). *De la Generación@ a la #Generación: la juventud en la era digital*. Barcelona: Ned Ediciones.
- GUBER, Rosana. (2014). Introducción. En: GUBER, Rosana (comp). *Prácticas etnográficas: ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo*. Argentina: Miño y Dávila, p.13-40.
- HINE, Christine. (2004). *Etnografía virtual*. Barcelona: UOC.

- LASÉN, Amparo. (2000). *A contratiempo: un estudio de las temporalidades juveniles*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI Editores.
- LASÉN, Amparo; PUENTE, Héctor. (2016). La cultura digital. En: LÓPEZ, Daniel (comp). *Tecnologías sociales de la Comunicación*. Barcelona: UOC, p.1-45.
- LEFEBVRE, Henri. (1974). *La producción del espacio*. Traducción de Emilio Martínez. España: Capitan Swing.
- LOMNITZ, Claudio. (1999). Introducción al estudio de zonas de contacto y fronteras culturales. En: MONTERROSO, Neptalí; VALENCIA, Geofredo (coords). *Turismo y Cultura*. México: UAEM, p.15-28.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús. (2002). *Oficio de cartógrafo: travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Chile: FCE.
- MILLER, Daniel. (2019). Cómo y por qué el mundo cambió las redes sociales. En *Etnografías Contemporáneas*, vol.5, n.9: p.6-17.
- PINCH, Trevor. (2015). La construcción social de la tecnología: una revisión. En: SANTOS, MARÍA y DÍAZ, Rodrigo. *Innovación tecnológica y procesos culturales: perspectivas teóricas*. México: FCE, p.19-37.
- PINK, Sarah; HORST, Heather; POSTILL, John; HJORTH, Larissa; LEWIS, Tania; y TACCHI, Jo. (2019). *Etnografía digital: principios y práctica*. España: Morata.
- REYGADAS, Luis (2004). Más allá de la clase, la etnia y el género: acciones frente a diversas formas de desigualdad en América Latina. En *Alteridades*, vol.14, n.28: p.91-106.
- ROGERS, Richard. (2013). *Digital Methods*. Massachusetts: MIT Press.
- ROSALDO, Renato. (1989). *Culture & truth: the remaking of social analysis*. Massachusetts: Beacon Press.
- SALMONS, Janet. (2016). *Doing qualitative research online*. California: SAGE.
- SCOLARI, Carlos. (2017). *Las Leyes de la interfaz*. Barcelona: Gedisa.
- TURNER, Víctor. (1974). *Dramas, Fields and Metaphors: symbolic action in human society*. London: Cornell University Press.
- URTEAGA, Maritza. (2011). *La construcción juvenil de la realidad: jóvenes mexicanos contemporáneos*. México: UAM.
- VAN DIJCK, José. (2016). *La cultura de la conectividad*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

sobre el autor

Jorge Alberto Meneses Cárdenas

Es profesor-investigador en La Universidad del Mar. Maestro en Sociología política por el Instituto Mora y el Doctor en Estudios Latinoamericanos, UNAM.

Fecha de recepción: 28/09/2020

Fecha de aceptación: 04/12/2020